

de Domingo. Pero como sociólogo es distinto el caso. Un pueblo que calla puede ser un pueblo que cavila, pero cuando ese silencio se alarga demasiado, ¿qué pensar de él? Y España, desde hace varios años, calla, habiendo tenido muchas oportunidades para hablar. Quizá sea cierto lo que dice Macaulay:

España es un pueblo que reserva íntegra su virilidad para el día de la desesperación;

sí, tal vez sea cierto y nos alegraríamos que así fuera, deseando que llegue pronto para ella el día de la desesperación, que seguramente no está lejano, a juzgar por los acontecimientos.

Marcelino Domingo opina que la solución del problema español está en la República. Pero, ¿serán los republicanos, llegado el caso de instaurar la República, más felices de lo que han sido hasta hoy? Luis Araquistain, en su libro *El ocaso de un régimen*, opina que no. El partido republicano español es un partido gastado, acabado en vana palabrería, cuyos hombres no han demostrado hasta ahora capacidad alguna para hacerse cargo de un Estado, mucho menos de un Estado como el español.

Tomando en cuenta las palabras de Araquistain, las de Domingo, las de Marañón, que se contradicen entre sí y que niegan a una fuerza el valor que el otro le reconoce; teniendo en cuenta la actitud del pueblo de España y la actitud de indiferencia adoptada por las fuerzas socialistas españolas, que no quieren comprometerse con los demás políticos; vista la inercia de todos los partidos contrarios a la monarquía, ninguno de los cuales se decide a obrar de una vez y para siempre, llega el lector a preguntarse, con Marcelino Domingo: ¿a dónde va España? Seguramente, a la revolución, revolución que no se sabe aun quién la hará y qué orientación tendrá, pudiendo salir de ella tanto una obra maestra como una defectuosa, condenada a morir en breve plazo.—M. R.

PRIMER MENSAJE A LA AMÉRICA
HISPANA, por *Waldo Frank*.

Este libro del escritor norteamericano está formado por algunas conferencias y charlas que verificó en países de habla española durante el año 1929. Es el prólogo de un Mensaje que dirigirá a Hispano América y que ya está escribiendo. Como el autor lo dice, la mayoría de las ideas expuestas en sus conferencias y charlas están ya en sus libros anteriores. Pero, como sus libros anteriores han tenido entre nosotros escasa difusión y no han sido comentados sino a la pasada, glosaremos algo de este *Primer mensaje a la América Hispana* (1).

El tema central del libro, la obsesión, podría decirse, es: «el nuevo mundo»; aun aquellas ideas que parecen no tener relación con él, la tienen, si no ostensible, por lo menos

(1) Ediciones de la *Revista de Occidente*. Madrid, 1930.

latente. Frank se nos aparece en este libro como un profeta de ese nuevo mundo que vendrá y que él ubica en las dos Américas, en la del Norte más que en la del Sur.

¿Qué es un mundo? Para él, como para nosotros, un mundo es un organismo. Un hombre, siendo un organismo, es un mundo; es una unidad y un conjunto, ordenado y regido por leyes estrictas, cada una de las cuales contribuye a sostenerlo y mantenerlo en su actitud; mundo que, como cualquier otro mundo, está expuesto a desviaciones, a oscilaciones, a disoluciones. En cuanto una parte quiere independizarse y seguir un camino que no es el común, ese mundo principia a disgregarse. Nada más sencillo y justo. Es necesario un equilibrio exacto y una armonía sin disonancias. Y así como el hombre es un mundo, lo es también un país, un continente, una raza, una familia: desde los sistemas solares hasta los sistemas fisiológicos. Y esto, que es verdad en las ciencias físicas y biológicas, lo es también, según Frank, en el orden emocional e intelectual. Si una célula del organismo humano falla, sobreviene el neoplasma; si un instinto o un impulso se extravían, viene la locura o la neurosis. Nada más sencillo ni más lógico.

Ahora bien: el mundo católico medioeval, dice Frank, alcanzó su plenitud por el año de mil trescientos-época del Dante y de las grandes catedrales; pero mucho antes de Colón había ya mostrado síntomas innumerables de que estaba muriendo. Empezó a disolverse. Había llegado a su completa madurez y, como toda

cosa, se descompuso. Muchas razones, razones de orden religioso, sociales, políticas, fueron la causa de ello. El descubrimiento de América precipitó esta disolución. Pero como el mundo no puede existir sin un orden y como al desaparecido había que sustituirlo con otro, los hombres que vivían en medio de ese mundo que perdía su unidad miraron hacia el nuevo con la ambición de implantar los nuevos principios que florecían en aquél y que habían sido la causa de su desequilibrio, pues un mundo o un organismo que muere, no muere sino como unidad, como conjunto ordenado, subsistiendo siempre su materia prima, aunque ya independiente de aquel conjunto, de aquella unidad y de aquel orden.

A América vinieron, con los conquistadores y colonos, todos los impulsos de Europa. El antiguo mundo estaba en agonía. América fué su tumba. Está aquí, en América, la simiente de un nuevo mundo.

Pero el nuevo mundo no ha pasado de simiente, está aún nonato y constituye lo que, en principio, Frank llama el ideal americano:

El ideal americano tuvo dos formas. Un grupo, el católico, formado principalmente de españoles, ya que España era la única nación de aquella época que se empeñaba todavía en vivir dentro del orden medioeval, creía que el orden cósmico existía ya y que sólo era necesario ensancharlo y llenarlo. El otro grupo, formado todo por hombres que habían repudiado la síntesis medioeval, protestantes, deístas, etc., creía que el orden había de ser creado desde el principio.

La lectura de este párrafo nos demuestra que en Sud América no existe un ideal, como parece existir en Norte América. Y no existe porque, como dice Frank, el español no traía ningún ideal de creación; su ideal era de extensión, ideal que él mismo hizo fracasar. Sud América tendrá que crear sus ideales.

Mientras tanto, ¿en qué consiste el ideal americano? Waldo Frank no lo dice, quizá no se atreve, tal vez no lo sabe; sólo lo presiente y no dice en qué forma se realizará ni qué características poseerá. Un ideal social y la realización de él no es cosa simple, ya que depende de innumerables leyes, que no sólo son sociales, sino también morales, religiosas, políticas, económicas, raciales; sería demasiado pedirle que nos hiciera un esquema de su nuevo mundo que sólo existe en latencia y del cual no se tiene siquiera la seguridad de que nacerá. Y esta dificultad es aún mayor si se considera que Frank rechaza, en principio, los intentos que los europeos han hecho para construir un orden que reemplace al fenecido, intentos que él divide en cuatro clases: Individualismo, Colectivismo egoísta, Humanismo y Socialismo y Comunismo.

Todos estos experimentos de creación de un mundo contienen elementos de un gran valor. A cada uno le falta algo esencial. Ninguno de ellos ha tenido éxito, ninguno de ellos—en su forma actual—podrá tenerlo. Pero últimamente cada uno de ellos habrá de contribuir a la síntesis que es tarea nuestra—y necesidad del mundo—crear.

Más atrista que sociólogo y que

filósofo, eminente creador, Waldo Frank se erige en profeta de un mundo que nacerá; pero, a diferencia de otros profetas más videntes, no nos ofrece sino el aruncio. Otros buscarán la forma o quizá la forma surgirá sola, natural y generosamente, como una flor, aunque éste no sea el mejor método para crear un mundo nuevo, un organismo nuevo, un orden nuevo.

Lo más notable de lo que dice en todo su libro es su afirmación de que Europa ha muerto o está muriendo. Se supone que esta afirmación es sólo figurada y se refiere a la muerte de aquel orden general de que hablamos al principio, porque, en particular, Europa no ha muerto ni mucho menos; vive aún, se esfuerza por vivir, pelea por vivir; sus ciudades están llenas de hombres que llevan en sí impulsos seguramente distintos, quizá no completos, pero no despreciables en su totalidad, ya que entre ellos, como el mismo Frank lo reconoce, existen elementos que América utilizará en la construcción y realización de su ideal. En verdad, América no llegará a tener un ideal propio, sino que, en buenas cuentas, formará con los ideales europeos el suyo: será la heredera de todos los fermentos puros que agitan hoy a los hombres de Europa. Esto es más verdad en lo que se refiere a Sud América, para la cual el problema presenta caracteres muy distintos, que para Norte América. ¿Cómo crear un ideal común para todos los hombres de Hispano América? Su división geográfica, sus profundas diferencias raciales, sus rencillas internacionales que una diplomacia inepta ha contribuido

a agrandar, han separado casi fundamentalmente a los pueblos de este continente, que en otra época, al comienzo de su independencia de España, pudieron haberse unido en una federación. Hoy día todos los hombres conscientes de Sud América miran hacia Europa más de lo que se supone. Europa parece ser el laboratorio del nuevo mundo, nuevo mundo que, posiblemente, se realizará primero, como ideal, en Europa, y luego como realidad, en América, si, como presume Frank, la cultura humana y el espíritu humano no son aventados antes a la nada.

Su amor hacia Norte América le hace desear una Norte América que no sea la actual, de la cual es severo crítico y áspero censor, hasta el extremo de ser llamado anarquista en su tierra. Su pintura de los Estados Unidos de hoy es magistral y explica de manera admirable el desarrollo moral de ese pueblo, así como su desarrollo social, cuyos fenómenos examina minuciosamente.

Los errores y vicios de los Estados Unidos son, en mucha parte, los rasgos dominantes de todo el mundo moderno, y nada más que eso: mundo en pleno caos de transición.

Esta frase parece ser—aunque no lo quiera ser—una advertencia para aquellos que se denominan a sí mismos anti-imperialistas, es decir, enemigos de Norte América. El imperialismo norteamericano no es sino un fenómeno de su capitalismo y el capitalismo, aunque tenga en ese país su más alta representación, no es esencialmente norteamericano: es mundial existe en Estados Unidos

como en Inglaterra, en Italia como en Alemania, en Argentina como en Chile. Es el orden caótico que rige al mundo moderno. ¿Y por qué combatirlo únicamente en Estados Unidos si lo tenemos en todas partes?

¿Por qué es malo que haya en la América hispana hombres que odian a los Estados Unidos? Porque ello reduce la eficiencia de la América hispana frente a sus propios problemas, que son también nuestros problemas.

Será necesario empezar la lucha en casa y empezar por el hombre, base de toda acción humana; desarrollar la acción a manera de círculos concéntricos, de adentro hacia afuera, hasta saltar sobre los límites del país en busca de las ondas que vengan de otros hombres y de otros grupos. Estas son las últimas palabras de Waldo Frank:

El caos americano contiene todos los elementos para la creación de un nuevo mundo más completo que mundo alguno del pasado histórico. Hombres y mujeres tales como presiento que hay en la Argentina, en Cuba, en México y en los Estados Unidos pueden captar ese caos americano. El caos y la angustia del mundo moderno aguardan hombres y mujeres como los que hay entre vosotros. Hombres tales han de empezar en soledad. Pero han de aprender que no están solos. Han de descubrirse a sí propios en comunicación con sus hermanos y con sus hermanas. Han de descubrir que sus experiencias más íntimas los enlazan maravillosamente con sus hermanos y con sus hermanas. Han de lograr de su comunión una fuerza que irresistiblemente mueva a la acción, acción sobre sus amigos, sobre su país; acción que será irresistible, porque será la verdad.

Es la voz de un profeta sobre el pantano de Sud América, la voz de un incitador entusiasta. Oigámosla y unamos a la suya la nuestra. Las obras surgen trabajando y la comunión espiritual es ya un principio de trabajo.—*Manuel Rojas.*

POESIA

FIESTA, por *M. Gómez Fernández.*

Gracias a la amabilidad de Aníbal Bascuñán V., viajero por todos los países y por todos los libros, hemos podido conocer algunas muestras de los últimos poetas españoles, de aquellos que no han llegado a la fama intercontinental de los cabecillas de los últimos movimientos, Diego, Guillén, Alberti, García Lorca, Salinas, pero que representan un esfuerzo de valor en la poesía española contemporánea. Y no sólo un esfuerzo sino que algunos entre ellos, afortunadamente una realidad.

M. Gómez Fernández ha impreso en Salamanca en los principios de 1929, un pequeño libro: *Fiesta*. Es su labor de 1928, se encarga de decir.

Después de leerlo nos interesa el hombre que hay en el poeta. ¿Cómo será este poeta que ante la Naturaleza tiene acentos tan puros, tan intensos? Nuestro amigo, que fué amigo de él, nos dice que Gómez Fernández conocía como nadie en Madrid la vida del hampa. Los bajos fondos, la amarga realidad de la miseria, la tristeza permanente de

la truhanería, habíanlo seducido, y su vida madrileña era como el medio en que se desarrollaba, triste, pobre, amarga.

Sin embargo, su vida poco ha influido en la expresión que da a su obra. Esta revela una profunda, sentida, intensa aristocracia del decir. Sin pertenecer a escuela determinada, afortunadamente—y esto confirma la verdad vieja de que en poesía las escuelas y capillas son sólo accidentes que no alcanzan a influir en la esencia del arte—, el giro de su expresión es modernísimo, porque ahoga todo asomo de profusión que hiciera recordar la retórica.

No hay retórica alguna en su poesía, pero hay mucho Góngora. Es la influencia tiránica. Sin pertenecer a grupo determinado entre los poetas jóvenes, Gómez Fernández ha leído y ha aprovechado a Góngora. Pero sin caer en conceptismos inactuales. Su «gongorismo» — si tal puede llamarse — sólo da una expresión concisa, acerada, precisa y de una finura profunda. Un leve dejo de contenida emoción vivifica el retorcimiento de algunas imágenes. Y toques finales de sus poemas, son siempre imágenes realizadas en máxima plenitud de belleza. Transcribimos su poema «El borracho y la alborada», en que las cualidades y los defectos anotados de la poesía de Gómez Fernández, se destacan:

Aquí tengo la alborada,
¡creedme, creedme!
en el bolsillo guardada.

Navío huérfano
de voluntad guiadora
—rota en tempestad habida